



Piazza de San Carlos, en Turin.

Por lo demás, aquel paraje anfibio ha merecido los honores de llevar un nombre.—Se llama la *Isla de Malghera*.

Vogando, vogando... siempre con direccion á *Isola Bella*, iba yo mirando la cordillera de los Alpes, que cerraba el horizonte al Noroeste; y sobre las brumas que coronaban todas las cúspides, veía asomar un pico blanco, limpio de nubes, que reflejaba como un espejo la luz ardiente del sol, próximo ya al Meridiano.

—Aquel pico es el *Sempione* (el Simplon), exclamó nuestro barquero, siguiendo la direccion de mi mirada.

—Ayer á estas horas estábamos nosotros allá arriba, añadió Iriarte.

Parecía imposible... y era verdad.

A todo esto el lago empezaba á poblarse de botes que cruzaban de pueblo á pueblo y de isla á isla, llevando y trayendo pasajeros de los muchos que un vaporcito iba dejando donde quiera que tocaba.

Este vapor habia salido de *Arona*, estacion de ferro-carril, que dista de Milan dos horas y de Turin menos de cuatro.

En el vapor y en los botes veíanse, pues, infinidad de familias, que por la mañana habian salido de ambas capitales á fin de pasar, como quien dice, un día de campo en el Lago Mayor. Y aquí encontrábamos la alegre *partida* de la amistad, allá el gracioso grupo del amor, en otra parte el santo cuadro de la familia; ora gentes del pueblo; ora mujeres elegantes; en un lado las célebres hermosuras milanesas, que parecen nobilísimas estatuas; en otro las hijas del Piamonte, de franca y graciosa fisonomía.

El vapor ostentaba la bandera tricolor de Italia, blanca, encarnada y verde, con la *Cruz de Saboya* en medio... ¡Con la Cruz de Saboya!... ¡De Saboya, vendida al extranjero!!

Entre los hombres, veíanse muchos vestidos con el uniforme de guardias nacionales, y condecorados con una medalla pendiente de una cinta roja y blanca. Aquella condecoracion significaba que habian tomado parte en la última guerra contra los austriacos. ¡Salud á los héroes de Palestro y Solferino!

El resto de los milaneses y sardos llevaban el traje europeo, quiero decir, un pantalon, un sombrero y una levita, que son los mismos en Madrid que en Paris, en Roma que en San Petersburgo.

Solo el pueblo bajo presentaba en su vestido cierto carácter italiano. Entre esta clase recuerdo haber visto algunos tipos soberbios, cuyos rasgos principales eran los siguientes: grande nariz aguileña, ojos negros y sombríos, barbas y cabellos largos, atlética complexion y muy noble estatura. Su mas pintoresco traje consistia en sombrero chambergo, de castor ó de paja, corbata roja, larga chaqueta de terciopelo y anchuroso pantalon de pana.

Estas figuras, campeando sobre la popa de una barca, dibujándose en el espléndido lago ó perfilándose sobre un cielo puro y luminoso, eran estremadamente bellas, y en muchas ocasiones hasta hermosas.

Se acercaban las doce. De todos los pueblos esparcidos en una y otra ribera llegaban á nosotros claras y vibrantes las voces de las campanas que llamaban á misa. Hacia calor. La comarca entera rebosaba placer y regocijo. Todos los pes-

cadores cantaban. Todos los pasajeros reían. Solo callaban, mirándose, las parejas de enamorados que cruzaban acá y allá los cristales del lago sobre ligeras barquillas, recordándome á las palomas que vagaban libres por los bosques perfumados de *Isola Madre*.—¡Inolvidable mañana!... El recuerdo de tu sol, de tu alegría, de tus inefables encantos, vivirá siempre en mi alma como un perdurable crepúsculo...

Llegamos á *Isola Bella*.

En aquel instante dieron las doce.

La plegaria del *Ave-María* resonó en todos los campanarios de los innumerables pueblos que bordean la márgen del lago y las faldas de los montes...

Parecía que la naturaleza misma entonaba un himno á la reina de los cielos.

La solemne emoción que nos produjo aquel concierto triunfó de la mucha hambre que teníamos.

—¿A dónde vamos? ¿Al hotel? nos preguntó el pescador, amarrando la barca y preparándose á servirnos de *Cicerone*.

—No tal, respondimos heroicamente. Vamos primero á misa.

*Isola Bella* puede dividirse en dos partes. La una ocupada por el vasto palacio y magníficos jardines de los condes Borromeo, y la otra cedida al público, que tiene en ella una especie de ciudad, con su iglesia, su hotel y su mercado.

En la iglesia habria unas cincuenta personas oyendo misa.

La mayor parte eran mujeres.

Entre estas las habia con mantilla, al modo de nuestro país.

Eran las vecindadas en la isla.

Otras llevaban sombreros medio húngaros, medio calañeses.

Eran damas de Turin y de Milan.

Algunas se paseaban viendo los cuadros y los altares sin poner atención á la ceremonia.

Eran *touristes* inglesas.

Las pescadoras se distinguían por sus talles largos y esbeltos, por su cabeza, solo adornada con flores, y por sus corpiños negros y sayas azules ó encarnadas.

Después de la misa, fuimos al *Hotel del Delfin*, en el que ya nos esperaba el almuerzo, en virtud de aviso de nuestro *Cicerone*.

La mesa se hallaba colocada en un balcon, cuya vista sobre los jardines y sobre el lago era sorprendente.

El sol bañaba el limpio mantel y los apetecidos manjares. Un ramo de flores y una soberbia pirámide de frutas fueron el único lujo de aquel almuerzo, que no hubiera yo cambiado por el festin de Baltasar.

La pesca del Lago Mayor es exquisita, y nosotros la hicimos los honores consiguientes á un largo ayuno.—El vino era de Asti, aromático, leve, generoso, como la limpia esencia de la uva.

A los postres nos sirvieron la *Opinione* de Turin y la *Perseveranza* de Milan, periódicos del día, que nos dieron noticias de le estado de la guerra de Nápoles.

Aquel reino habia sido invitado á decir por medio del sufragio universal si queria ó no unirse al Piamonte y á los demás estados de Italia que se habian ya agrupado bajo la bandera de *independencia* y *unidad*.—Entre tanto Victor Manuel y Francisco II se encontraban frente á frente, cada uno á la cabeza de su ejército, á las orillas del Volturno.—Los Estados Pontificios habian quedado reducidos al Patrimonio de San Pedro.—El Papa redoblaba sus anatemas sobre el rey y sobre el pueblo que habian tomado la iniciativa en contra del antiguo orden de cosas.—Parma, Toscana, Módena, la Lombardia, las Legaciones, las Marcas, la Umbria, Sicilia y Nápoles, se habian fundido en una sola nacion.—Los príncipes de los estinguidos reinos habian pagado caro su desatentado amor al enemigo natural de los mismos pueblos que regian, al tirano de Milan y de Venecia, al aborrecido emperador de Austria.

Terminada esta lectura, dejamos el hotel y nos dirigimos al palacio, que es verdaderamente regio, y al decir de los peritos, demasiado grande para tan pequeña isla.

A mí me llamaron la atención en él muchas y muy diversas cosas.

Primero, su severa entrada,—especie de cuerpo de guardia donde en otro tiempo se rennirían los soldados del conde á jugar y beber, en tanto que velaban el sueño de su ilustre amo.—Allí se ven colgadas de las paredes viejas armaduras, que parecen el férreo esqueleto de aquella gente venal y pendenciera. Sus armas, ennegrecidas por el moho, forman en otro lado venerables trofeos. Debajo de ellos vése una enorme chimenea,—cosa rara en un portal;—y el melancólico aspecto de aquel hogar apagado trae á la imaginación las noches de otros siglos y las historias de batallas y de amores que se contarían allí al amor de la lumbre y entre el azar de los dados.

Las altas paredes de la soberbia escalera están adornadas con disformes escudos de piedra, que llegan desde el suelo al techo, en los cuales se ven esculpidas de relieve las armas de la familia Borromeo.

El lema de estas armas es la palabra *Humilitas* (Humildad), que se ve repetido en todos los muebles, en las cortinas, en las paredes, donde quiera que se fijan los ojos.

El salon principal es magnífico. En medio de él se alza el viejo trono condal, que, como todos los muebles, cuenta mas de trescientos años.

Magníficas camas del siglo XVI, que fueron entonces lechos nupciales, son hoy puestos de honor que solo ocupan los cadáveres de los condes, si por acaso les sorprende la muerte en la isla.

Sin embargo, en una de estas camas descansó en el presente siglo un ilustre huésped; y de ella se levantó al otro día para ganar la batalla de Marengo.

Este huésped habia escrito con un puñal la tarde antes en un laurel del jardín de *Isola Bella* la palabra *Battaglia* (Batalla).—Cuando yo he visto ese laurel monumental, solo se leía ya la primera letra de aquella profecía de gloria. El pedazo de corteza en que estaban los restantes, se lo han llevado poco á poco los ingleses.

Tambien es notable en el palacio la Galeria de cuadros, en que se ven lienzos de *Le Brun*, *Lucas Jordan*, *Ticiano* y otros famosos artistas.

Como los condes estaban en la isla, no pudimos ver las habitaciones en que al presente moran.—Al decir del criado que nos conducía, se hallan amuebladas á la moderna y con extraordinario lujo.—Dirigímonos, pues, á los jardines.

Para llegar á ellos pasamos por un nuevo palacio subterráneo, que consiste en una sucesion de grutas, revestidas de mosaico y de caprichoso risco. Aquellos aposentos se hallan al nivel del agua y son fresquissimos en el verano. Adórnanlos muebles rústicos.

Los renombrados jardines de *Isola Bella* (que para mi gusto son inferiores en hermosura á los de *Isola Madre*), se levantan, al modo de pensil babilónico, en diez y seis terrados contruidos unos sobre otros hasta formar una especie de pirámide. El jardin mas alto se halla á cien metros del nivel del Lago Mayor, y en él como en los demás, admirase una variada multitud de fuentes, estatuas, macetas, árboles de las cinco partes del mundo, flores de todas clases, glorietas umbrosas y cuanto puede soñar la imaginacion y combinar el arte para convertir una árida peña y unas simétricas murallas en una mansion de delicias.

Desde la cúspide de aquella torre encantada, vimos en una fértil huerta que linda con el palacio, algunas damas vestidas con peinadores blancos, (lo que en el dialecto elegante quiere decir *no vestidas*;) que andaban de un lado á otro cogiendo flores y frutas.

Eran las castellanas de *Isola Bella* (por cierto muy bonitas).—Sus voces argentinas llegaban claramente hasta nosotros...

¡Ay! ¡Las diosas de aquel mágico recinto hablaban en francés!

¡Abominable *façon*!

—¡Cuánto mas mitológico no hubiera sido su propio idioma... el melodioso y dulce idioma de Petrarca!

Al volver de los jardines al palacio, nos encontramos en una ancha escalera á un caballero, vestido como cualquiera otro, con levita, pantalon y chaleco al estilo de Paris.

El subia y nosotros bajábamos.

Al pasar á nuestro lado se quitó el sombrero y nos saludó cortesmente.

Nosotros le contestamos sin saber quien era.

El criado que nos guiaba le hizo una profunda reverencia.

Aquel caballero era el rey del archipiélago; el dios de aquel eden; el señor á quien cantaban los ruseñores, y perfumaban los mirtos y laureles de *Isola Madre* ó *Isola Bella*;—el actual conde Borromeo.

El heredero de San Carlos se llama *Vitaliano* ó *Vitalio*, como algunos de sus mayores, y es hombre de unos sesenta y cinco años, alto, delgado y de severo aspecto.

Antes de 1848 vivia en Milan, como uno de los mas distinguidos patricios lombardos. Cuando estalló la revolucion, tomó en ella una parte muy activa, y

una vez espulsados los austriacos, despues de cinco dias de horrible combate, fue elegido miembro del gobierno provisional que se estableció en Milan y que duró desde el 18 de marzo hasta el 6 de agosto de dicho año.

Dueños otra vez de Milan los extranjeros, el conde Borromeo tuvo que emigrar al Piamonte. El Austria se vengó entonces de él secuestrándole todos los bienes que poseía en territorio lombardo; pero el gobierno de Turin premió su patriótico esfuerzo, nombrándole senador y Gran Cruz de la orden de San Mauricio.

Vitalio Borromeo Aprese casó con una hija del marqués d'Adda, de la cual ha tenido muchos hijos. Uno de ellos es camarero secreto del Santo Padre; otro es diputado, y los demás sirven en el ejército de la nueva Italia. Uno de estos últimos es ayudante del general Cialdini.—En cuanto á las hijas, ya las hemos visto coger flores en la huerta del palacio.

La familia Borromeo tiene parientes en España.—Entre ellos se cuenta mi noble amigo el duque de Fernan-Nuñez.

A eso de las dos abandonamos la isla, y nos dirigimos á *Stresa*,—siempre á fuerza de remo.

En *Stresa* pasamos una hora aguardando el vapor que debia conducirnos á Arona.

Durante este tiempo visitamos el magnifico palacio *Bolongaro*, en que vive ordinariamente la duquesa viuda de Génova, cuñada del rey Victor Manuel, y el famoso convento de *Rosminienses*, donde murió en 1855 el célebre obispo Rosmini, fundador de esta orden y amigo íntimo del inmortal Manzoni, que venia á visitarlo desde Milan.

De vuelta en la márgen del lago, y en tanto que nos recogia el vapor, cuyo penacho de humo asomaba ya por detrás del promontorio de *San Remigio*, sentámonos en la puerta de un café, á la orilla misma del agua.

Desde allí se veia el Lago Mayor en casi toda su longitud, ó sea desde *Sesto Calenda*, por donde se escapa el *Tessino* con direccion al *Po*, hasta las aguas suizas, que toman el nombre de *Lago de Locarno*.

Como el sol empezaba á caer, su luz heria de frente los pueblos y los palacios asentados en la ribera lombarda, destacando vivamente sobre el verde oscuro de los viñedos y olivares las blancas siluetas de los edificios, que resplandecian como el cristal. Los altos Alpes empezaban á festonearse de rosada niebla. El lago dormia suavemente, y sobre su brillante superficie trazaban largas estelas mil y mil pequeñas embarcaciones, que se dirigian á los puntos en que debia tocar el vapor. Cerca de nosotros, un grupo de guardias nacionales discutia los negocios públicos en la armoniosa lengua italiana. No lejos jugaba y alborotaba un gracioso escuadron de muchachos. En los balcones del café y de una fonda vecina veianse algunas elegantes inglesas y estravagantes ingleses que debian de embarcarse con nosotros. En otro lado cantaban millares de pájaros en una hermosa arboleda tendida á lo largo de un magnifico camino, que no era sino la continuacion de la carretera que habíamos nosotros abandonado en Baveno la noche antes. En una casa próxima sonaba un piano, que tocó sucesivamente el *himno*

de *Garibaldi*, una canción tirolesa, muy repetida por los organillos en las calles de Madrid, y el coro de guerreros de la *Norma*.—Todos estos ruidos, y las campanas de la iglesia de *Stresa*, acordadas musicalmente, formaban un concierto, una gran voz, un acento jubiloso y prolongado, que murmuraba en mis oídos esta sola palabra mágica, llena de promesas, de deseos, de imaginaciones locas...—¡Italia! ¡Italia!...

Todo, todo era amor, todo belleza, todo alegría...—Yo buscaba en torno mio algo que me hablara de la guerra, de la muerte, de la excomunión; de sobresaltos, de peligros, de lágrimas, de lutos, de ruinas, de temores, de remordimientos... y por donde quiera que miraba solo veía placer, tranquilidad, regocijo, bienestar y confianza.

A las tres llegó el vapor en frente de *Stresa*; recogíonos á los muchos viajeros que lo esperábamos, y siguió su marcha al Sur.

Diez minutos despues pasábamos por delante de una punta de la orilla lombarda, poco distante allí de la ribera piamentesa.

Sobre aquella punta se levanta una fortificación, cuyo nombre me recordó otros lugares muy remotos.—Llámase *Anghera*.

Pero toda mi atención estaba ya fija en la famosa *Estatua colosal de San Carlos Borromeo*, que habíamos descubierto á poco de entrar en el vapor, y que á medida que nos acercábamos á *Arona*, iba desarrollando á nuestros ojos su imponente corpulencia.

Este monumento, célebre á un mismo tiempo por su grandeza y por su grandor, se eleva sobre un monte frondosísimo, á cuya falda se recuesta cariñosamente *Arona*.

La estatua representa al santo en actitud de bendecir á esta ciudad, que fue su cuna, el lago en que se mira, y los risueños campos que la rodean.

El pedestal tiene cuarenta piés de altura, y la estatua sesenta y seis.—La cabeza y las manos son de bronce, y el resto del cuerpo de cobre forjado.—El interior es hueco, y aunque con mucho trabajo, pueden subir los curiosos hasta la cabeza, trepando por los pilares de piedra que la sostienen. Una vez arriba, las aberturas de los ojos sirven de balcones, desde los cuales se disfruta una magnífica vista, si el que se asoma no carece de ella; pues la pobre estatua no ve nada por sí sola á pesar de tener los ojos tan grandes.

La longitud de la cara del Santo es de siete piés y medio; la nariz no baja de dos piés y siete pulgadas, y en cuanto á la boca... ¡desgraciado el que tuviese que dar de comer á un abismo semejante!

Dentro de la cabeza caben cuatro personas de un tamaño regular; por ejemplo: cuatro cabos de gastadores.

Esta verdadera maravilla se erigió en 1697. Costó unos 4.000.000 de reales, y fue modelada por *Cerano* y ejecutada por *Ciro Zanella* y *B. Falconi*.

Por lo que respecta á *Arona*, yo no encontré en ella nada de particular, fuera de un magnífico retablo de *Gaudenzio Vinci*, que vale todo lo que cuesta el subir á *Santa Maria*.—Yo subí, á pesar de encontrarme muy cansado.

Despues nos dirigimos al camino de hierro (*Strada-ferrata* en italiano), y tomamos nuestros billetes para Turin.

Esto no se verificó sin que palpitásemos de gozo, y quién sabe si de pena, al darnos cuenta de que con aquel paso acabábamos de comprometernos á realizar en pocas horas algunos deseos de toda nuestra vida.

Los que se casan enamorados deben de experimentar, al firmar el contrato, una emoción de pesar y de alegría semejante á la que me causó á mí el tomar aquel billete.

—Cuando esta noche me acueste, pensaba yo, habré pasado ya por *Novara*; habré visto los campos de *Magenta*; habré dejado de desear y esperar conocer á *Turin*!

Así somos.—A mí me gusta el *mañana* mas que el *hoy*, y el *ayer* mas que el *hoy* y que el *mañana*.

Si hay algo mas bello que lo que se desea, es lo que se pierde.

Cuando yo deseo una cosa, la creo plata; cuando la tengo, se me figura cobre; y cuando la recuerdo, me parece oro.

Yo me he creído desgraciado todos los días de mi vida, y sin embargo, no hay entre todos ellos uno solo que no eche de menos ahora, y cuya pérdida no lamente como una felicidad pasada.

Hablen otros todo lo mal que quieran de nuestro pobre mundo: yo recordaré siempre con envidia los años que he vivido en él.

El tiempo es como las medicinas, un poco amargo de tragar; pero despues que se ha tragado, hace mucho bien á nuestro espíritu.

Así es que yo no deseo ya las cosas por poseerlas, sino por recordarlas despues que hayan pasado.

Y deseo vivir muchos años, y vivirlos pronto, solo por tener mas historia que hojear y con que divertirme.

Y lo mismo que yo, piensa todo el mundo.

Y si no, decidme: ¿por qué le temen los viejos á la muerte?

¿Será por lo que de presente están gozando ó por lo que esperan gozar en lo futuro?

De ningun modo.—Es porque les duele perder de vista su pasado, dejar de leer su vida, ver reducido á pavesas el poema ó el drama que con tantos afanes compusieron.

Por aquí iba yo en mis reflexiones, cuando dieron las cuatro y la campana de la estación nos llamó al tren.

Un empleado del ferro-carril pregonaba en tanto á grandes voces los principales puntos para donde se admitían pasajeros.

—¡*Novara*!—¡*Verceli*!—¡*Torino*! (*Turin*.)—¡*Milano*! (*Milan*.)—¡*Alessandria*!—¡*Génoval*!... gritaba aquel hombre, sin adivinar el combate de deseos y de impaciencias que sus palabras provocaban en mi imaginación.

El tren en que habíamos entrado, se dividiría en *Novara* en tres partes, de las que una se dirigiría á *Milan*, otra á *Turin*, y la tercera á *Génoval*.—Con solo